



ADORACIÓN NOCTURNA ESPAÑOLA

CONSEJO DIOCESANO DE MADRID
BOLETÍN ARCHIDIOCESANO

Septiembre 2019 n.º 1.383



- 1 | Editorial**
- 2 | De nuestra Vida**
 - 2 | Vigilia en honor de San Pascual Bailón
 - 3 | Día de la Familia Adoradora
 - 3 | Apostolado de la Oración
- 4 | De La Lámpara**
- 8 | Doctores de la Iglesia**
- 9 | Rincón Poético**
- 10 | Catecismo de la Iglesia Católica**
- 12 | Audiencia General de Benedicto XVI**
- 14 | Tema de Reflexión**
- 17 | Calendario litúrgico**
- 19 | Apóstol de la Caridad**
- 24 | Ecclesia de Eucaristía**
- 26 | La festividad del mes**
- 27 | Calendario de Vigilias**
- 29 | Cultos en la Capilla de la Sede**
- 29 | Rezo del Manual**



Portada:

Nuestra Señora de las Nieves

Titular de la Parroquia de la sede del Turno 20

Edita: ADORACIÓN NOCTURNA ESPAÑOLA
CONSEJO DIOCESANO DE MADRID.

Domicilio: C/ Barco, 29, 1.º
28004 Madrid
Tel. y Fax: 915 226 938
anemadrid1877@gmail.com
@anemadrid1877
www.ane-madrid.org

Redacción: J. Alcalá, A. Caracuel, A. Blanco, F. Garrido.

Diseño, maquetación e impresión: Gráficas Arias Montano, S.A.

Depósito Legal: M-7548-2011

Editorial

Comenzamos un nuevo curso adorador. Un nuevo curso en el que nos vamos a encontrar con novedades en la organización del Consejo ya que después de mi confirmación como Presidente por parte del Sr. Cardenal Arzobispo, toca nombrar un nuevo Consejo Diocesano que se encargue del día a día de la Asociación. En las próximas semanas tendréis noticias de este Consejo.

Pero este año se nos plantean dos nuevos importantes retos:

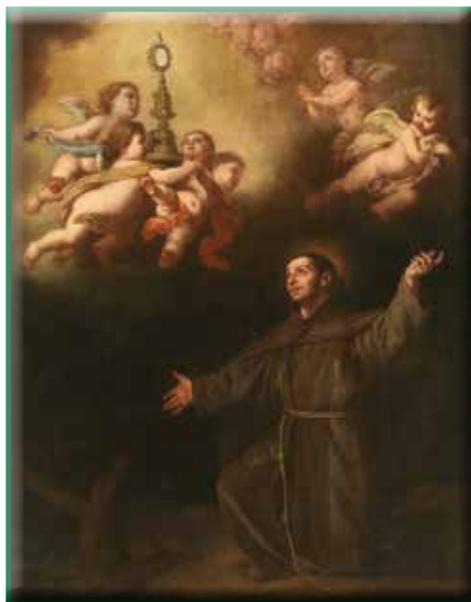
- Por un lado los trabajos del Plan Misionero Diocesano, que desde la diócesis nos van a plantear. Creo que es importante que nos hagamos presentes en nuestras parroquias en los trabajos de este Plan Misionero. Nuestra labor como adoradores no solo es ponernos delante del Señor en una actitud de adoración y expiación, sino que también debemos llevar al Señor a aquellos que más lo necesitan. «venid a mí los que estáis cansados y agobiados que yo os aliviaré». La reflexión de este Plan Misionero debe llevarnos a anunciar con gozo nuestro carisma y ampliar el número de Adoradores Nocturnos. Es un reto al que os convoco a todos.
- Por otro lado, la celebración del Congreso Nacional de Laicos en Madrid el próximo mes de febrero debe llevarnos a reflexionar, como grupo e individualmente, cual es nuestro papel, cual es mi papel como laico en la Iglesia y en el mundo actual. ¿Qué me pide el Señor? ¿Qué me demanda nuestra Madre la Iglesia? ¿hasta dónde puedo y quiero entregar mi ser cristiano y adorador? En más de una ocasión os he manifestado que necesito de todos vosotros, que la Adoración Nocturna en Madrid es de todos los adoradores y que entre todos tenemos que trabajar para desde ella construir el Reino.

Dos retos para la Asociación, para el nuevo Consejo Diocesano y para todos y cada uno de los adoradores. Os invito durante este nuevo curso a reflexionar, a orar, a ponernos en manos de Dios y dejarnos hacer por Él. Os invito a trabajar por la Adoración Nocturna, por la Iglesia.

Un año por tanto repleto de oportunidades para, como María, decir SI al Señor. Para continuar acompañando al Señor en el Silencio de la noche y en cada momento de nuestra vida recordando siempre que somos «adoradores de noche y apóstoles de día». ■

Juan Antonio Díaz Sosa
Presidente Diocesano

Solemne Vigilia de inauguración del curso adorador en honor de San Pascual Bailón



El próximo sábado 21 de septiembre a las 22:00 horas celebraremos la Solemne Vigilia en honor de San Pascual Bailón con la que inauguraremos el nuevo curso adorador. Todavía tenemos reciente el recuerdo de la Solemne Vigilia de Espigas celebrada la víspera de la renovación de la Consagración de España al Sagrado Corazón de Jesús con motivo del Centenario de aquella, cuando un nuevo curso se presenta ante nosotros. Con agradecimiento, lo ponemos en las manos del Señor para que nos guíe y nos dé fuerza en el testimonio, hoy tan necesario como nunca.

La vigilia se celebrará en la Parroquia de Nuestra Señora del Buen Consejo, Colegiata de San Isidro, calle Toledo 37, tal y como hemos venido haciendo en los últimos años. Os invitamos a todos a participar. ■

¡OS ESPERAMOS A TODOS!

Día de la Familia Adoradora

Como se informaba en el boletín de agosto, este año vamos a celebrar el día de la Familia Adoradora el día 5 de octubre con una visita al Santuario de la Gran Promesa de Valladolid, donde podremos conocer la figura y las revelaciones del Beato Bernardo de Hoyos sobre el Sagrado Corazón de Jesús.

Posteriormente, después de la comida, visitaremos la Abadía de San Isidro de Dueñas, en la que podremos visitar y rezar ante la tumba de San Rafael Arnaiz, monje trapense y adorador nocturno, y celebrar vísperas con la Comunidad.

El coste de 50 euros que incluirá viajes, comida y entradas. La salida se realizará a las 8:00 horas en el Paseo Moret (junto al intercambiador de Moncloa).

Las inscripciones se realizarán por los medios habituales: lunes y jueves de 18:00 a 19:30, en la sede del Consejo Diocesano —calle Barco nº 29 1º A—



teléfono 915226938; correo electrónico anemadrid1877@gmail.com, o página web www.ane-madrid.org/contacto; antes del lunes 30 de septiembre. ■

Apostolado de la oración

Intenciones del Papa para el mes de septiembre 2019

Universal

Para que los políticos, los científicos y los economistas trabajen juntos por la protección de los mares y los océanos. ■

El mensaje de la cruz

La muerte de Jesús, según la fe católica

Como todas las obras maestras de cine, también «La Pasión de Cristo», dirigida por Mel Gibson, puede recibir distintas interpretaciones según la precomprensión y esquemas que tenga el espectador. Respetando esa variedad inevitable de juicios, ahora sólo pretendo aportar los marcos de la fe cristiana para aproximarnos a un acontecimiento tan misterioso como es la muerte de Cristo.

Pasó haciendo el bien

En primer lugar esa muerte no es separable de la vida y actividad mesiánica que la provocaron. Según lo transmitido por los primeros cristianos, Jesús «pasó por el mundo haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba en él». Eso quiere decir la encarnación: Dios mismo se manifestó, actuó y sufrió en la condición de hombre verdadero. Curando enfermos, rehabilitando a los excluidos social y religiosamente,

perdonando a los pecadores y ofreciendo la conversión a todos, Jesús de Nazaret se reveló como Hijo de Dios que quiere «la vida en plenitud para todos».

El evangelista Marcos narra un milagro donde se

vislumbra la experiencia que Jesús tuvo de Dios: había un hombre con la mano paralizada; los religiosos dogmatistas de turno pensaban que no era lícito curar en sábado porque a la divinidad se le honra con el descanso mandado y las prácticas rituales. Jesús en cambio pensaba que la honra y la gloria de Dios incluye la vida del ser humano —«antes es el hombre que el sábado»—, y curó al enfermo. En el fondo hay dos percepciones de la divinidad: un ser absoluto que está detrás de las nubes exigiendo cumplimientos y sacrificios y Alguien que es amor, que nos acompaña en el camino, que quiere la vida en plenitud para todos, se deja impactar por el sufrimiento humano y, como el buen samaritano, movido a compasión, sana nuestras heridas y recrea nuestra existencia. Es significativo el comentario de Marcos 3, 6, al final del relato milagroso: «cuando salieron de allí los fariseos se confabularon con los partidarios de Herodes para eliminarle». Así mientras los religiosos dogmatistas condenan a Jesús por blasfemo, él muere confiando en Dios, cuya cercanía gusta como ternura infinita ¡Abba!

Luego el martirio de Jesús fue consecuencia de su vida. El amor de Dios caló tan a fondo en el corazón humano, que fue capaz de vivir y morir con amor. Jesús nos redimió, abrió un camino de salvación para todos, no tanto porque murió sino porque vivió y murió con amor. El mismo y único Dios que se manifestó en la conducta de Jesús



como Padre de misericordia, perdonando a los pecadores, rehabilitando a los pobres y curando a los enfermos, estaba presente y activo en la cruz venciendo al sufrimiento y a la muerte. El martirio de Jesús ratificó la verdad de una vida dedicada totalmente a la llegada del reino de Dios, o fraternidad entre todos.

Dios nos ama primero

En ese proyecto de amor se sitúa la confesión católica sobre la muerte de Cristo. Hay un esquema que brota espontáneamente en nuestra condición de criaturas con deseos de infinitud, y sin embargo limitadas en todos los terrenos. Buscando seguridad, fabricamos dioses a nuestra medida. Nos imaginamos que la divinidad está en la cúspide, como supremo ser intocable, como el perfecto relojero que ha puesto en marcha el aparato y desde arriba mira para ver cómo funciona; se le ha comparado con el director de un gran teatro que es el mundo y desde su palco de preferencia observa cómo cada mortal desempeña su papel. En este afán por situar el Absoluto en las alturas ha prosperado incluso entre los mismos cristianos una imagen de la divinidad como juez insobornable: estableció un orden que nosotros violamos con el pecado; siendo éste una ofensa infinita dada la condición infinita del agraviado, fue necesaria la muerte de Jesucristo, Dios y hombre, para en justicia apagar y aplacar a esa divinidad airada por nuestros crímenes.

Tal percepción de la divinidad choca directamente con la revelación evangélica de Dios: el padre del hijo pródigo es más que justo, no da a cada uno lo suyo sino lo que cada uno necesita, da más de lo que se merece; algo similar ocurre al dueño de la viña: «porque tiene un corazón generoso», paga jornal completo también al que llegó tarde al

tajo. No entienden esto los celosos cumplidores de la parábola o los trabajadores que siempre llegan puntuales.

Los cristianos confesamos que Dios es amor y no sabe más que amar. Se ha revelado en Jesucristo como misericordia, ese amor que se hace cargo y carga con la miseria del otro; su poder y su justicia están mediados



siempre por el amor. Él nos ama primero: «tanto amó al mundo que le envió a su hijo para que todo el que crea en él, tenga vida eterna», «nos ama aun siendo pecadores». El profeta Isaías anuncia la venida del Mesías como «un año de gracia y un día de venganza»: pero cuando, sirviéndose de la profecía, Jesús presenta su programa en Nazaret, deja sólo el «año de gracia»; la venganza no halla espacio en el corazón de Dios. La encarnación, la vida, el martirio y la resurrección de Jesús son ante todo y finalmente manifestación o epifanía de la Misericordia de Dios. Así lo afirmó Tomás de Aquino, y lo confirmó el concilio de Trento declarando que la causa principal de nuestra justificación es la misericordia divina.

Según esta fe, Dios no quiere el mal ni el sufrimiento de los seres humanos; tampoco quiso el sufrimiento y la muerte de Jesús. Pero Dios es amor que prueba su verdad

en el sufrimiento por complacer y ayudar al amado. Porque Dios es amor y en la encarnación «se hizo carne», la existencia y el martirio de Jesús estuvieron inspirados e impulsados por el amor divino. Toda su existencia como hombre fue apasionada, tuvo como alimento llevar a cabo la voluntad del Padre: vida en plenitud para todos. Porque vivió y actuó apasionado por el reino de Dios que crece en el mundo todavía desfigurado por las fuerzas del mal, su coherencia y fidelidad en el amor le llevaron al martirio. Antes de ser sacrificada, su vida y su muerte fueron apasionadas, motivadas por el amor.

Aquella vida y aquella muerte no fueron precio para aplacara una divinidad airada, sino la expresión histórica del Dios que es amor gratuito y que se hizo hombre en la condición de servidor. Impresiona la confesión cristiana puesta en labios de un pagano que ve cómo muere Jesús: si este hombre ha sido capaz de vivir y morir con este amor y esta libertad «verdaderamente era el Hijo de Dios». En la cruz Dios mismo estaba en Jesucristo venciendo con el amor al sufrimiento y a la muerte: Jesús se entregó con amor hasta el fin «por el Espíritu eterno» que actuó en él.

En esta perspectiva cabe también una interpretación cristiana del mal y el sufrimiento que tanto nos afligen. Con palabra del Vaticano II, en la encarnación «el Hijo de Dios se ha unido en cierto modo a todo hombre». Dios está dentro de nosotros, más íntimo a nosotros que nosotros mismos dándonos fuerza para que superemos el mal y venganza a la muerte. En el martirio de Jesús, como en toda su vida, estaba presente Dios, de modo único, reconciliando al mundo consigo mismo, llevando a la humanidad más allá de sus posibilidades, completando la obra de la creación. Gracias al Espíritu,

esa presencia benevolente salvadora se ofrece a todo ser humano, cuya plena realización manifiesta la gloria de Dios. Pero esa humanización en el amor exige sacrificios. No porque Dios los necesite sino porque los necesitamos nosotros; en efecto, por experiencia sabemos que cuando amamos de verdad, algo nos impulsa desde dentro a salir de la propia tierra y aceptar renunciaciones dolorosas para complacer y afirmar a la persona amada.

Solidario en el sufrimiento

La muerte de Jesús no es separable de la vida; el film «La Pasión de Cristo» lo sugiere con algunas pinceladas, tal vez no lo suficiente. Tampoco tiene sentido fuera de la encarnación donde «se manifestó la ternura de Dios» a favor de la humanidad; en la película hay un momento muy logrado cuando sobre tanto sufrimiento del mundo cae una lágrima del Padre. Sin embargo quizás sigamos colocando a la divinidad fuera de este mundo, muy arriba, lamentándose de los males que nos aquejan, pero pasivo y sin hacer nada. El Dios revelado en la conducta histórica de Jesús camina con nosotros, «está de corazón en cada cosa», se hace solidario nuestro en el sufrimiento; en nosotros y con nosotros vence a las fuerzas diabólicas que tiran a las personas por los suelos. Lloro como Jesús al enterarse de que su amigo Lázaro ha muerto, y su amor compasivo abre camino a la resurrección o plenitud de vida. Sus lágrimas no caen del cielo; están regando con amor nuestro suelo para que broten la nueva tierra y los nuevos cielos. Así lo celebramos quienes creemos en la encarnación del Verbo. ■

Jesús Espeja, O.P.

Profesor de Cristología
La Lámpara del Santuario nº 14,
Tercera Época

Una hora delante del Santísimo Sacramento

«Él conoce las necesidades espirituales del visitador [...] que encontrará ante el Sagrario una luz viva que alumbre su entendimiento, y una voz íntima que le llame más y más a su conversión».

¿Qué dirá el Señor, cómo recompensará la fe viva de la adoración? [...] La respuesta no es fácil, porque toca a los más íntimos arcanos del Corazón de Jesús, abismo insondable de amor divino.

Nos atrevemos a aventurar algunas inducciones: Le llevaré a la soledad y le hablaré al corazón, dice el profeta. En la comunicación del alma con Dios, el Señor realiza sus promesas sin que pueda conocerse ni adivinarse el modo. Esto es indudable Él conoce las necesidades espirituales del visitador, y si éste se propuso hacerle compañía con el espíritu del sacrificio y del amor, encontrará a no dudarlo, ante el Sagrario una luz viva que alumbre su entendimiento, y una voz íntima que le llame más y más a su conversión a la vía recta que conduce a la vida eterna.

En tales momentos las oraciones fervorosas hallan una respuesta adecuada, que deja sosegado el espíritu y el entendimiento satisfecho. Así como un Rey generoso no solo otorga riquezas y favores materiales, sino también honores y distinciones, también es de fe piadosa, que aun en los asuntos temporales y por añadidura distribuye el gran Rey de los cielos sus mercedes.

«Pedid el Reino de Dios y su justicia, y lo demás lo concederá el Señor por añadidura».

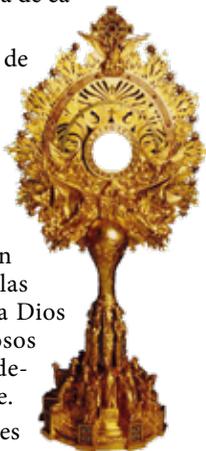
Venid pues católicos, a demandar humildemente al Señor aún los dones temporales que no estorben a la salvación eterna. Venid, y pidámosle con reverencia que nos conceda así mismo con las del alma las gracias que se relacionan con la parte material de nuestro ser.

Son tan variadas las visitas del Señor, tan diversos sus modos de buscar al alma, ora para acrisolarla con el fuego de la adversidad, ó para repartir amorosamente con ella la cruz del Calvario, que no sería fácil fijar el sentido de aquella tierna frase [...].

La visita nocturna al Santísimo es un acto de fe, que no puede menos de quedar satisfecho de algún modo, aunque no sea visible, en el instante mismo que aquella obra de caridad se practica.

Y como la fe en la presencia real de Jesucristo en la hostia consagrada es la base de toda la economía religiosa, gira alrededor del Tabernáculo; de aquí se puede inferir la correspondencia que el Señor Sacramentado concederá a la fe de quienes pierdan el sueño reparador que exigen las ocupaciones del día para dar a Dios hecho hombre algunos preciosos momentos que atestigüen su devoción y den testimonio de su fe. Quisiéramos que las precedentes indicaciones pudieran animar a los lectores a gustar y ver por sí mismos cuan suave es el Señor.

Llevando al pie del Sagrario el óbolo de nuestro corazón cuando se mira abandonado de todos y sólo en la noche silenciosa, se recibirán ¿quién lo duda?, algunas de las gracias que rebosan de las divinas manos de aquel celoso amigo del hombre, que vela allí cuidadoso y que ora incesante al Eterno Padre. ■



Luis de Trelles

La Lámpara del Santuario
Tomo I (1870) págs. 330-332

Por amor a Cristo, cuando hablo de él, ni a mí mismo me perdono

Hijo de Adán, te he puesto de atalaya en la casa de Israel. Fijémonos cómo el Señor compara sus predicadores a un atalaya. El atalaya está siempre en un lugar alto para ver desde lejos todo lo que se acerca. Y todo aquel que es puesto como atalaya del pueblo de Dios debe, por su conducta, estar siempre en alto, a fin de preverlo todo y ayudar así a los que tiene bajo su custodia.

Estas palabras que os dirijo resultan muy duras para mí, ya que con ellas me ataco a mí mismo, puesto que ni mis palabras ni mi conducta están a la altura de mi misión.

Me confieso culpable, reconozco mi tibieza y mi negligencia. Quizá esta confesión de mi culpabilidad me alcance el perdón del Juez piadoso. Porque, cuando estaba en el monasterio, podía guardar mi lengua de conversaciones ociosas y estar dedicado casi continuamente a la oración. Pero desde que he cargado sobre mis hombros la responsabilidad pastoral, me es imposible guardar el recogimiento que yo querría, solicitado como estoy por tantos asuntos.

Me veo, en efecto, obligado a dirimir las causas, ora de las diversas Iglesias, ora de los monasterios, y a juzgar con frecuencia de la vida y actuación de los individuos en particular; otras veces tengo que ocuparme de asuntos de orden civil, otras, de lamentarme de los estragos causados por las tropas de los bárbaros y de temer por causa de los lobos que acechan al rebaño que me ha sido confiado. Otras veces debo preocuparme de que no falte la ayuda necesaria a los que viven sometidos a una disciplina regular, a veces tengo que soportar con paciencia

a algunos que usan de la violencia, otras, en atención a la misma caridad que les debo, he de salirles al encuentro.

Estando mi espíritu disperso y desgarrado con tan diversas preocupaciones, ¿cómo voy a poder reconcentrarme para dedicarme por entero a la predicación y al ministerio de la palabra? Además, muchas veces, obligado por las circunstancias, tengo que tratar con las personas del mundo, lo que hace que alguna vez se relaje la disciplina impuesta a mi lengua. Porque, si mantengo en esta materia una disciplina rigurosa, sé que ello me aparta de



los más débiles, y así nunca podré atraerlos adonde yo quiero. Y esto hace que, con frecuencia, escuche pacientemente sus palabras, aunque sean ociosas. Pero, como yo también soy débil, poco a poco me voy sintiendo atraído por aquellas palabras ociosas, y empiezo a ha-

blar con gusto de aquello que había empezado a escuchar con paciencia, y resulta que me encuentro a gusto postrado allí mismo donde antes sentía repugnancia de caer.

¿Qué soy yo, por tanto, o qué clase de atalaya soy, que no estoy situado, por mis obras, en lo alto de la montaña, sino que estoy postrado aún en la llanura de mi debilidad? Pero el Creador y Redentor del género humano es bastante poderoso para darme a mí, indigno, la necesaria altura de vida y eficacia de palabra, ya que por su amor, cuando hablo de él, ni a mí mismo me perdono. ■

San Gregorio Magno

Papa y Doctor de la Iglesia

De las homilias sobre el libro de Ezequiel 1; 11, 4-6

En una Cruz asido



*¡Cuántas veces, Señor, me habéis llamado,
y cuántas, con vergüenza he respondido,
desnudo como Adán, aunque vestido
de las hojas del árbol del pecado!*

*Seguí mil veces vuestro pie sagrado,
fácil de asir, en una Cruz asido,
y atrás volví otras tantas atrevido,
al mismo precio en que me habéis comprado.*

*Besos de paz os di para ofenderos,
pero si fugitivos de su dueño
hierran cuando los hallan los esclavos,*

*hoy que vuelvo con lágrimas a veros,
clavadme vos a vos en vuestro leño
y tendréisme seguro con tres clavos.*

Lope de Vega

Los fieles de Cristo: jerarquía, laicos, vida consagrada

El colegio episcopal y su cabeza, el Papa

- 888** Los obispos con los presbíteros, sus colaboradores, «tienen como primer deber el anunciar a todos el Evangelio de Dios» (PO 4), según la orden del Señor (cf. Mc 16, 15). Son «los heraldos del Evangelio que llevan nuevos discípulos a Cristo. Son también los maestros auténticos, por estar dotados de la autoridad de Cristo» (LG 25).■
- 889** Para mantener a la Iglesia en la pureza de la fe transmitida por los apóstoles, Cristo, que es la Verdad, quiso conferir a su Iglesia una participación en su propia infalibilidad. Por medio del «sentido sobrenatural de la fe», el Pueblo de Dios «se une indefectiblemente a la fe», bajo la guía del Magisterio vivo de la Iglesia (cf. LG 12; DV 10). ■
- 890** La misión del Magisterio está ligada al carácter definitivo de la Alianza instaurada por Dios en Cristo con su Pueblo; debe protegerlo de las desviaciones y de los fallos, y garantizarle la posibilidad objetiva de profesar sin error la fe auténtica. El oficio pastoral del Magisterio está dirigido, así, a velar para que el Pueblo de Dios permanezca en la verdad que libera. Para cumplir este servicio, Cristo ha dotado a los pastores con el carisma de infalibilidad en materia de fe y de costumbres. El ejercicio de este carisma puede revestir varias modalidades: ■
- 891** «El Romano Pontífice, cabeza del colegio episcopal, goza de esta infalibilidad en virtud de su ministerio cuando, como Pastor y Maestro supremo de todos los fieles que confirma en la fe a sus hermanos, proclama por un acto definitivo la doctrina en cuestiones de fe y moral [...] La infalibilidad prometida a la Iglesia reside también en el cuerpo episcopal cuando ejerce el magisterio supremo con el sucesor de Pedro», sobre todo en un Concilio Ecuménico (LG 25; cf. Vaticano I: DS 3074). Cuando la Iglesia propone por medio de su Magisterio supremo que algo se debe aceptar «como revelado por Dios para ser creído» (DV 10) y como enseñanza de Cristo, «hay que aceptar sus definiciones con la obediencia de la fe» (LG 25). Esta infalibilidad abarca todo el depósito de la Revelación divina (cf. LG 25). ■

- 892** La asistencia divina es también concedida a los sucesores de los apóstoles, cuando enseñan en comunión con el sucesor de Pedro (y, de una manera particular, al obispo de Roma, Pastor de toda la Iglesia), aunque, sin llegar a una definición infalible y sin pronunciarse de una «manera definitiva», proponen, en el ejercicio del magisterio ordinario, una enseñanza que conduce a una mejor inteligencia de la Revelación en materia de fe y de costumbres. A esta enseñanza ordinaria, los fieles deben «adherirse con espíritu de obediencia religiosa» (LG 25) que, aunque distinto del asentimiento de la fe, es una prolongación de él. ■

La misión de santificar

- 893** El obispo «es el administrador de la gracia del sumo sacerdocio» (LG 26), en particular en la Eucaristía que él mismo ofrece, o cuya oblación asegura por medio de los presbíteros, sus colaboradores. Porque la Eucaristía es el centro de la vida de la Iglesia particular. El obispo y los presbíteros santifican la Iglesia con su oración y su trabajo, por medio del ministerio de la palabra y de los sacramentos. La santifican con su ejemplo, «no tiranizando a los que os ha tocado cuidar, sino siendo modelos de la grey» (1 P 5, 3). Así es como llegan «a la vida eterna junto con el rebaño que les fue confiado» (LG 26). ■

La misión de gobernar

- 894** «Los obispos, como vicarios y legados de Cristo, gobiernan las Iglesias particulares que se les han confiado, no sólo con sus proyectos, con sus consejos y con ejemplos, sino también con su autoridad y potestad sagrada» (LG 27), que deben, no obstante, ejercer para edificar con espíritu de servicio que es el de su Maestro (cf. Lc 22, 26-27). ■

- 895** «Esta potestad, que desempeñan personalmente en nombre de Cristo, es propia, ordinaria e inmediata. Su ejercicio, sin embargo, está regulado en último término por la suprema autoridad de la Iglesia» (LG 27). Pero no se debe considerar a los obispos como vicarios del Romano Pontífice, cuya autoridad ordinaria e inmediata sobre toda la Iglesia no anula la de ellos, sino que, al contrario, la confirma y tutela. Esta autoridad debe ejercerse en comunión con toda la Iglesia bajo la guía del Romano Pontífice. ■

- 896** El Buen Pastor será el modelo y la «forma» de la misión pastoral del obispo. Consciente de sus propias debilidades, el obispo «puede disculpar a los ignorantes y extraviados. No debe negarse nunca a escuchar a sus súbditos, a a los que cuida como verdaderos hijos [...] Los fieles, por su parte, deben estar unidos a su obispo como la Iglesia a Cristo y como Jesucristo al Padre» (LG 27):

«Obedeced todos al obispo como Jesucristo a su Padre, y al presbiterio como a los Apóstoles; en cuanto a los diáconos, respetadlos como a la ley de Dios. Que nadie haga al margen del obispo nada en lo que atañe a la Iglesia» (San Ignacio de Antioquía, *Epistula ad Smyrnaeos* 8,1) ■

El esfuerzo humano es inútil sin Dios

1. El salmo 126, que se acaba de proclamar, nos presenta un espectáculo en movimiento: una casa en construcción, la ciudad con sus centinelas, la vida de las familias, las vigilias nocturnas, el trabajo diario, los pequeños y grandes secretos de la existencia. Pero sobre todo ello se eleva una presencia decisiva, la del Señor que se cierne sobre las obras del hombre, como sugiere el inicio incisivo del Salmo: «Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles» (v. 1).

Ciertamente, una sociedad sólida nace del compromiso de todos sus miembros, pero necesita la bendición y la ayuda de Dios, que por desgracia a menudo se ve excluido o ignorado. El libro de los Proverbios subraya el primado de la acción divina para el bienestar de una comunidad y lo hace de modo radical, afirmando que «la bendición del Señor es la que enriquece, y nada le añade el trabajo a que obliga» (Pr 10, 22).

2. Este salmo sapiencial, fruto de la meditación sobre la realidad de la vida de todo hombre, está construido fundamentalmente sobre un contraste: sin el Señor, en vano se intenta construir una casa estable, edificar una ciudad segura, hacer que el propio esfuerzo dé fruto (cf. Sal 126, 1-2). En cambio, con el Señor se tiene prosperidad y fecundidad, una familia con

muchos hijos y serena, una ciudad bien fortificada y defendida, libre de peligros e inseguridades (cf. vv. 3-5).

El texto comienza aludiendo al Señor representado como constructor de la casa y centinela que vela por la ciudad (cf. Sal 120, 1-8). El hombre sale por la mañana a trabajar para sustentar a su familia y contribuir al desarrollo de la sociedad. Es un trabajo que ocupa sus energías, provocando el sudor de su frente (cf. Gn 3, 19) a lo largo de toda la jornada (cf. Sal 126, 2).

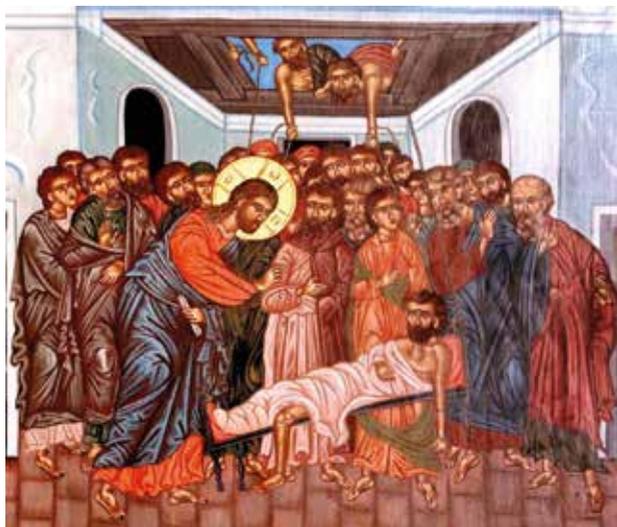
3. Pues bien, el salmista, aun reconociendo la importancia del trabajo, no duda en afirmar que todo ese trabajo es inútil si Dios no está al lado del que lo realiza. Y, por el contrario, afirma que Dios premia incluso el sueño de sus amigos. Así el salmista quiere exaltar el primado de la gracia divina, que da consistencia y valor a la actividad humana, aunque esté marcada por el límite y la caducidad. En el abandono sereno y fiel de nuestra libertad al Señor, también nuestras obras se vuelven sólidas, capaces de un fruto permanente. Así nuestro «sueño» se transforma en un descanso bendecido por Dios, destinado a sellar una actividad que tiene sentido y consistencia.

4. En este punto, el salmo nos presenta otra escena. El Señor ofrece el don de los hi-

jos, considerados como una bendición y una gracia, signo de la vida que continúa y de la historia de la salvación orientada hacia nuevas etapas (cf. v. 3). El salmista destaca, en particular, a «los hijos de la juventud»: el padre que ha tenido hijos en su juventud no sólo los verá en todo su vigor, sino que además ellos serán su apoyo en la vejez. Así podrá afrontar con seguridad el futuro, como un guerrero armado con las «saetas» afiladas y victoriosas que son los hijos (cf. vv. 4-5).

Esta imagen, tomada de la cultura del tiempo, tiene como finalidad celebrar la seguridad, la estabilidad, la fuerza de una familia numerosa, como se repetirá en el salmo sucesivo —el 127—, en el que se presenta el retrato de una familia feliz.

El cuadro final describe a un padre rodeado por sus hijos, que es recibido con respeto a las puertas de la ciudad, sede de la vida pública. Así pues, la generación es un don que aporta vida y bienestar a la sociedad. Somos conscientes de ello en nuestros días al ver naciones a las que el descenso demográfico priva de lozanía, de energías, del futuro encarnado por los hijos. Sin embargo, sobre todo ello se eleva la presencia de Dios que bendice, fuente de vida y de esperanza.



reino de Dios. Así, el monje Isaías (que murió en Gaza en el año 491), en su *Asce-ticon* (Logos 4, 118), recordando el ejemplo de los antiguos patriarcas y profetas, enseña: «Se situaron bajo la protección de Dios, implorando su ayuda, sin poner su confianza en los esfuerzos que realizaban. Y la protección de Dios fue para ellos una ciudad fortificada, porque sabían que nada podían sin la ayuda de Dios, y su humildad les impulsaba a decir, con el salmista: *Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles; si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan los centinelas*» (*Recueil ascétique*, Abbaye de Bellefontaine 1976, pp. 74-75).

Eso vale también para hoy: sólo la comunión con el Señor puede custodiar nuestras casas y nuestras ciudades. ■

5. Los autores espirituales han usado a menudo el salmo 126 precisamente con el fin de exaltar esa presencia divina, decisiva para avanzar por el camino del bien y del

Benedicto XVI

Audiencia General

Miércoles 31 de agosto de 2005

Meditación sobre la Santa Misa (II)

Siempre y en todo lugar

Además de los salmos de alabanza, dos himnos acompañan la historia de la Iglesia: el *Te Deum laudamus* y el *Gloria in excelsis Deo*. El primero suele ser entonado en momentos de celebración. El himno continúa siendo regularmente utilizado por la Iglesia católica, en el Oficio de las Lecturas encuadrado en la Liturgia de las Horas. También se suele entonar en las misas celebradas en ocasiones especiales, como en las ceremonias de canonización, la ordenación de presbíteros, proclamaciones reales, etc. Los cardenales lo entonan tras la elección de un papa. Posteriormente, los fieles de todo el mundo para agradecer por el nuevo papa, se canta este himno en las catedrales.

El segundo, el gloria, protagoniza la alabanza, como una explosión de sentimientos, en la liturgia de la palabra. Es una alabanza trinitaria, que proclama el creyente, exultante de gozo, por eso le desbordan las palabras que brotan incontinentes de su boca «te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias», al Padre, Rey celestial y todopoderoso; al Hijo único Jesucristo, al que le cantamos su peculiar grandeza y le pedimos piedad, oído a nuestras súplicas y una vez más piedad porque Él nos quita el pecado del mundo. Y al final una apoteosis triunfal, en que Cristo, en unión con el Espíritu Santo, se manifiesta lleno de gloria y Majestad como lo vio el protomártir, San Esteban, sentado en la Gloria del Padre.

Cuando medito en este asombroso himno recuerdo la expresión con que iniciamos la

plegaria eucarística: «En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar». Efectivamente este himno expresa lo que en deber de justicia mediante la virtud de la piedad, debiéramos proclamar en todo lugar, no sólo en la iglesia, sino en el monte, en los caminos, en la cocina, al amanecer y al atardecer, porque es de justicia por eso es nuestro deber; pero es además necesario para nuestra salvación. El gloria es un himno que desde la fe ha de proclamar el creyente en todo tiempo y lugar y os diría que sería el himno de toda persona de buena voluntad. Así comienza el himno: «Gloria a Dios en el cielo y Paz para los hombres de buena voluntad».

Pero además, teniendo en cuenta la totalidad del texto de la misa, se me convierte en contrapunto significativo, pues aquí alabamos directa y personalmente a Dios. Permittedme que os lo diga así: para entonar el gloria no necesitaríamos estar en el templo. Sin duda supone una explosión de entusiasmo al Dios que nos va a hablar en la liturgia de la palabra. Pero el todavía más, lo sublime de la celebración eucarística es el sacrificio que ofrecemos al Padre en unidad con el Espíritu Santo, no en palabras y deseos, sino en obras: el cordero pascual inmolado, se lo ofrecemos al Padre, unidos a Cristo, agarrados fuertemente a su ofrenda pascual. ¡Es asombroso! Para celebrar la eucaristía necesitamos el templo y el altar. Es la oración sublime de la Iglesia. Además de alabarle en todo tiempo y lugar.

El Credo cierra la liturgia de la palabra con la proclamación de nuestra fe. No es un him-

no, sino una confesión pública del contenido total de lo que creemos. Es una oración. En tiempos de zozobra o penumbra es una manera oportuna de confirmarnos todos los presentes en la fe de la Iglesia, proclamada ante la asamblea, pero recitada en presencia de Dios. No digo que es un juramento, pero sí una proclamación solemne, que no pronunciamos a humo de pajas ni como quien oye llover. Ahí están todos los misterios de nuestra fe, todos, incluidos los que asaltan desde el asedio del mundo, nuestras zozobras y vacilaciones. Por ello es tan importante pronunciarlo consciente y libremente como antídoto contra las acechanzas del maligno. Por ejemplo, los católicos creemos en la vida eterna y muchas personas todavía en nuestro entorno tienen una idea, aunque borrosa de la vida más allá de la muerte. Pero es difícil encontrar personas que crean en la resurrección de la carne, en que un día los cuerpos que enterramos en debilidad, volverán a surgir de las tumbas a la vida nueva que nos prometió Jesucristo. Y no lo sabemos por argumentos racionales, sino porque creemos en las promesas de Jesucristo, el Verbo de Dios. Cada época ha planteado sus dudas y a cada época ha respondido con firmeza la Iglesia, repitiendo el depósito de la Fe, recibido por medio de los Apóstoles.

2ª Parte el sacrificio o plegaria eucarística

El centro de nuestra celebración es el altar, no el escenario ni siquiera el prosenio, sino el ara o piedra sobre la que se va a realizar el sacrificio, siempre incrustadas reliquias de algún mártir; y como segundo elemento indispensable, durante toda la celebración, pero en especial en la liturgia eucarística, la imagen visible de Cristo crucificado.

Se ha comparado la celebración eucarística con el género dramático. Sin duda, hay un

escenario donde va a tener lugar la representación, el altar; y un actor, el sacerdote, que en nombre de Cristo, va a presentar ante la asamblea la muerte y resurrección del Señor. No se trata de un monólogo en el que en voz alta se comunica el contenido de la celebración. Se trata de un diálogo, a veces con los fieles que responden a sus propuestas; pero siempre, siempre es un diálogo con Dios, el Padre bueno al que dirigimos nuestras alabanzas y súplicas. Sin embargo, no se trata de una representación escénica en que se nos cuenta o evoca algo. Se trata de una presentación en vivo y en directo en que, ante nuestros ojos y oídos, vuelve a acontecer el sacrificio, muerte y resurrección de Cristo en la Cruz, como ofrenda al Padre. No se evoca un acontecimiento pasado. En la representación eucarística vuelve a tener lugar el drama de la cruz.

En esta segunda parte nos acercamos, como en las celebraciones de la sinagoga al momento en que el sumo sacerdote entraba en el *santa sanctorum*, con la diferencia de que en la liturgia romana toda la asamblea asiste y contempla el misterio que estamos celebrando. No entra el celebrante a un lugar escondido ni las cortinas ocultan la presencia de la divinidad. A la vista y oído de todos vamos a ser testigos desde la fe del sacramento de expiación y redención al que vamos a asistir; vamos a recordar el memorial de la muerte y resurrección de Cristo de manera real, aunque incruenta, ofrecida al Padre bajo el soplo del Espíritu Santo para restaurar la alianza rota por el pecado de los hombres.

Tres secuencias distribuyen esta segunda parte: la ofrenda, el prefacio, y la plegaria eucarística, dividida a su vez en dos partes, la consagración o sacrificio y la solemne oración, ante Cristo crucificado, dirigida al Padre. Sobre tres pilares se sustenta la organiza-

ción de la Liturgia Eucarística, tres momentos en clímax ascendente en que el celebrante eleva el cáliz y el pan, primero como ofrenda; segundo, como víctima sacrificada presente en la hostia y en el vino, expresión del misterio de nuestra fe; y en el tercero, la oración eucarística se cierra con la doxología: «Por Cristo, con Él y en Él...», con la que expresa el celebrante solemnemente la glorificación de Dios. Todo lo demás es la palabra, degustada interiormente en nuestro corazón.

Como en una sinfonía, la palabra es cambiante y transformadora. Se dirige siempre al Padre, en presencia del Espíritu y espera al Hijo, que desde el cielo ha de bajar al altar, como decimos en el santus, bendito el que viene en nombre del Señor. Bendecimos a Dios, Señor del universo, en el ofrecimiento del pan y del vino, lo volvemos a glorificar en el santus como Dios y Señor del universo y conscientes de que el prodigio, que va a tener lugar, nos es concedido de lo alto, le suplicamos al Señor, fuente de toda santidad, que santifique estos dones con la efusión del Espíritu Santo, de manera que sean para nosotros Cuerpo y sangre de Jesucristo nuestro Señor.

Esto surge desde la voz de alabanza y suplica de toda la Iglesia, como en prepa-

ración del momento sublime concedido sólo y directamente por el Señor, cuando mandó en la última cena a sus discípulos: Haced esto en memoria mía. Y es en ese momento cuando el sacerdote con su voz de hombre, da lugar a que sea el mismo Cristo quien pronuncie las palabras del sacramento que convierten realmente el pan y el vino en el cuerpo y la sangre del Señor, según el rito de Melquisedec, en que el pan y el vino sule a todos los animales del sacrificio, y se transforma en el único cordero pascual que quita el pecado del mundo.

Éste es el misterio de nuestra fe, esto es lo que se ha ocultado a los sabios y entendidos y se lo ha revelado a los pequeños y humildes. No hay palabras, ni culto que con tanta sencillez no sólo aplaque a Dios, sino que nos eleve a hijos y herederos del Padre.

Hemos pasado de la alabanza humana a la vivencia misteriosa del sacramento, sin espasmos, ni estridencias, desde la gozosa experiencia del corazón. El cielo ha abierto su morada y ha acampado en medio de nosotros. Por eso, sin el domingo no podemos vivir. Sublime belleza, sublime verdad, sublime bien. ■

Preguntas básicas:

- ¿Qué diferencia la espléndida alabanza a Dios que proclamamos en el gloria y la que realizamos en la plegaria eucarística? Por qué la Iglesia limita el gloria a determinados domingos del calendario litúrgico y a fiestas de especial solemnidad? ¿Será para resaltar lo importante e imprescindible?
- ¿Por qué el sacerdote levanta el cáliz y la Hostia en tres ocasiones invocando a Dios Padre? Mientras que la cuarta vez, en el rito de la comunión, se invoca a Jesucristo, como Cordero de Dios.
- ¿El sacerdocio ministerial tiene dos dones que elevan su vocación a elección sagrada: Poder de perdonar los pecados y el poder de transformar el pan y el vino en el Cuerpo y Sangre del Señor. ¿Por qué el sacerdote no se reduce a un actor escénico que sólo mientras actúa posee el don, sino que imprime en su persona un carácter que le convierte en otro Cristo?

Día 14 de septiembre

Fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz

Homilía del Papa Francisco en Santa Marta

En esta Fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, debemos estar en guardia antes dos tentaciones que se pueden presentar cuando nos encontramos ante de la Cruz de Cristo: pensar en *un Cristo sin cruz* y pensar en *una cruz sin Cristo*.

La Liturgia nos habla de la Cruz como de *un árbol noble y fiel*. No siempre es fácil entender la cruz. Solo con la contemplación se puede avanzar en ese misterio de amor. Y Jesús, cuando quiere explicárselo a Nicodemo, como recuerda el Evangelio de hoy, usa dos verbos «subir» y «bajar»: Jesús que baja del Cielo para llevarnos a todos a subir al Cielo. Ese es el misterio de la cruz.

En la Primera Lectura, para explicarlo, San Pablo dice que Jesús *se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta*

la muerte, y muerte de cruz. Esa es la bajada de Jesús: hasta lo hondo, hasta la humillación, se vació a sí mismo por amor, y por eso Dios lo exaltó y lo hizo subir. Solo si logramos entender esta bajada hasta el final, podemos comprender la salvación que nos ofrece este misterio de amor.

Pero no es fácil, porque siempre están las tentaciones de considerar una mitad y no la otra. Tan es así que San Pablo empleó palabras fuertes con los Gálatas cuando cedieron a la tentación de no entrar en el misterio de amor, sino de explicarlo. Como la serpiente había encantado a Eva y en el desierto había envenenado a los israelitas, así fueron encantados por la ilusión de un Cristo sin cruz o de una cruz sin Cristo. Esas son las dos tentaciones que debemos evitar. La primera es la

de un Cristo sin cruz, es decir, hacer de él un maestro espiritual, que te lleva adelante tranquilo. Un Cristo sin cruz, que no es el Señor: es un maestro, nada más. Quizá era lo que, sin saberlo, buscaba Nicodemo. Es una de las tentaciones. Sí, ¡Jesús, qué buen maestro!, pero... sin cruz. ¿Quién os ha encantado con esa imagen? ¡La rabia de Pablo! Presentan a Jesucristo, pero no crucificado.

La otra tentación es la cruz sin Cristo, la angustia de permanecer abajo, hundidos, con el peso del pecado, sin esperanza. Es una especie de «masoquismo espiritual». Solo la cruz, pero sin esperanza, sin Cristo. La cruz sin Cristo sería entonces *un misterio de tragedia*, como las tragedias paganas. Pero la cruz

es *un misterio de amor*, la cruz es fiel, la cruz es noble.

Hoy podemos tomarnos unos minutos y que cada uno se pregunte: ¿Cristo crucificado, es para mí un misterio de amor? ¿Yo sigo a Jesús sin cruz, a un maestro espiritual que llena de consuelo, de buenos consejos? ¿Sigo la cruz sin Jesús, siempre quejándome, con ese *masoquismo* del espíritu? ¿Me dejo llevar por ese misterio del abajamiento, vacío total y alzamiento del Señor?

Pidamos al Señor que nos conceda la gracia, no digo de comprender, sino de entrar en ese misterio de amor. Luego, con el corazón, con la mente, con el cuerpo, con todo, comprendemos algo. ■



Apóstol de la Caridad

San Vicente de Paul es una de las figuras más representativas del catolicismo en la Francia del siglo XVII. Fue creador de las Conferencias de la Caridad en 1617, también de la Congregación de la Misión, también llamada de Misioneros Paúles (1625) y, junto a Luisa de Marillac, de las Hijas de la Caridad (1633). Fue nombrado Limosnero Real por Luis XIII, función en la cual abogó por mejoras en las condiciones de los campesinos y aldeanos.

Realizó una labor caritativa notable, sobre todo durante la guerra de la Fronda que incrementó el número de menesterosos en su país.

Su festividad se celebra el 27 de septiembre. Es patrón desde 1883 de todas las asociaciones de Caridad, instituido por León XIII con motivo del 50 Aniversario de la fundación de las Conferencias de San Vicente de Paúl (SSVP) y considerado precursor del trabajo social.

De este apóstol de la caridad aprendamos a ejercitarla con nuestros hermanos como nos pide el mismo Jesucristo.

Sobre la Caridad (I)

El padre Vicente enumera los diversos actos de caridad con el prójimo.

Mis queridísimos hermanos, éste es el artículo 12 del capítulo segundo de las máximas evangélicas que figura en nuestras reglas:

Los actos de caridad con el prójimo estarán siempre en vigor entre nosotros, como son: primero, hacer a los demás el bien que queríamos razonablemente que nos hicieran; 2º no contradecir nunca a nadie, y verlo todo bien en nuestro Señor; 3º soportarnos mutuamente sin murmurar; 4º llorar con los que lloran; 5º alegrarse con los que se alegran; 6º adelantarse a honrarnos mutuamente; 7º demostrar afecto a los demás y servirles cordialmente. En resumen, hacerse todo a todos para ganarnos a todos para Jesucristo. Todo esto se entiende, en el caso de que no haya nada en contra de los mandamientos de Dios

o de la Iglesia ni contra nuestras reglas o constituciones.

Así pues, hermanos míos, el tema de la conferencia de esta tarde es sobre la caridad con el prójimo o, mejor dicho, sobre los actos que proceden de esta caridad, sobre las obras que tiene que realizar.

Esta caridad es de obligación; es un precepto divino que abarca otros. Todos saben que en el amor de Dios y del prójimo están comprendidos toda la ley y los profetas. Todo se condensa en ello; todo se dirige allá; y este amor tiene tanta fuerza y primacía que el que lo posee cumple las leyes de Dios, ya que todas se refieren a este amor, y este amor es el que nos hace hacer todo lo que Dios pide de nosotros; *qui enim diligit proximum legem implevit* (el que ama al prójimo ha cumplido la ley).

Pues bien, esto no se refiere únicamente al amor de Dios sino a la caridad con el prójimo por amor de Dios; fijaos bien, por amor de Dios; esto es tan grande que el entendimiento humano no lo puede comprender; es menester que nos eleven las luces de lo alto para hacernos ver la altura y la profundidad, la anchura y la excelencia de este amor.

Santo Tomás propone la cuestión siguiente: ¿quién es el que más merece? ¿el que ama a Dios y descuida el amor al prójimo o el que ama al prójimo por amor de Dios? Y da él mismo la respuesta a esta duda, diciendo que es más meritorio amar al prójimo por amor de Dios que amar a Dios sin entrega al prójimo. Y lo prueba así, de una forma que parece paradójica: «Dirigirse al corazón de Dios, encerrar en él su amor por completo, no es lo más perfecto, ya que la perfección de la ley consiste en amar a Dios y al prójimo». Dadme a un hombre que ame a Dios solamente, un alma elevada en contemplación que no piense en sus hermanos; esa persona, sintiendo que es muy agradable esta manera de amar a Dios, que le parece que es lo único digno de amor, se detiene a saborear esa fuente infinita de dulzura. Y he aquí otra persona que ama al prójimo, por muy vulgar y rudo que parezca, pero lo ama por amor de Dios. ¿Cuál de esos dos amores creéis que es el más puro y desinteresado? Sin duda que el segundo, pues de ese modo se cumple la ley más perfectamente. Ama a Dios y al prójimo. ¿Qué más puede hacer? El primero no ama más que a Dios, mientras que el segundo ama a los dos. Hemos de entregarnos a Dios para imprimir estas verdades en nuestras almas, para dirigir nuestra vida según este espíritu y para hacer las obras de este amor. No hay nadie más obligado a ello que nosotros y ninguna

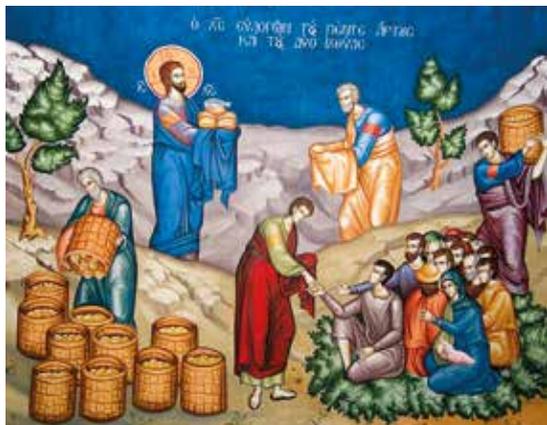
comunidad que tenga que dedicarse más al ejercicio de una caridad cordial.

¿Y por qué? Porque Dios ha suscitado a esta compañía, como a todas las demás, por su amor y beneplácito. Todas tienden a amarle, pero cada una lo ama de manera distinta: los cartujos por la soledad, los capuchinos por la pobreza, otros por el canto de sus alabanzas; y nosotros, hermanos míos, si tenemos amor, hemos de demostrarlo llevando al pueblo a que ame a Dios y al prójimo, a amar al prójimo por Dios y a Dios por el prójimo. Hemos sido escogidos por Dios como instrumentos de su caridad inmensa y paternal, que desea reinar y ensancharse en las almas. ¡Si supiéramos lo que es esta entrega tan santa! ¡Jamás lo comprenderemos bien en esta vida, pues si lo comprendiéramos, obraríamos de manera muy distinta, al menos yo, miserable de mí!

Por tanto, nuestra vocación consiste en ir, no a una parroquia, ni sólo a una diócesis, sino por toda la tierra; ¿para qué? Para abrazar los corazones de todos los hombres, hacer lo que hizo el Hijo de Dios, que vino a traer fuego a la tierra para inflamarla de su amor. ¿Qué otra cosa hemos de desear, sino que arda y lo consuma todo? Mis queridos hermanos, pensemos un poco en ello, si os parece. Es cierto que yo he sido enviado, no sólo para amar a Dios, sino para hacerlo amar. No me basta con amar a Dios, si no lo ama mi prójimo. He de amar a mi prójimo, como imagen de Dios y objeto de su amor, y obrar de manera que a su vez los hombres amen a su Creador, que los conoce y reconoce como hermanos, que los ha salvado, para que con una caridad mutua también ellos se amen entre sí por amor de Dios, que los ha amado hasta el punto de entregar por

ellos a la muerte a su único Hijo, esa es mi obligación. Dios mío, ¡cuántas faltas contra esto! ¡qué poco he conocido la importancia de mi regla y qué poca atención he puesto en esa caridad activa y pasiva a la que Dios me llama! Todos hemos de estar convencidos de ello delante de Dios. Digámosle todos: «Dios mío, ¡qué atrasado estoy en este punto!; perdóname las faltas pasadas y concédeme la gracia de que tu santo amor se imprima bien hondo en mi alma, que sea la vida de mi vida y el alma de mis acciones, para que, al salir fuera, entre y actúe también en las almas a las que yo me entregue».

Pues bien, si es cierto que hemos sido llamados a llevar a nuestro alrededor y por todo el mundo el amor de Dios, si hemos de inflamar con él a todas las naciones, si tenemos la vocación de ir a encender este fuego divino por toda la tierra, si esto es así, ¡cuánto he de arder yo mismo con este fuego divino! ¡Cómo he de inflamarme en amar a aquello con quienes vivo, edificando a mis propios hermanos por el ejercicio del amor e impulsándoles a que practiquen los actos que de él emanan! En la hora de la muerte veremos lo mucho que hemos perdido sin remedio, si no todos, al menos los que no tienen ni practican como es debido esta caridad fraterna. ¿Cómo se la daremos a los demás, si no la tenemos entre nosotros? Observemos bien si existe, no ya en general, sino cada uno dentro de sí, y si ha alcanzado el grado que debía; pues, si no es ardiente, si no nos amamos mutuamente como nos amó Jesucristo y no producimos actos semejantes a los suyos, ¿cómo vamos a esperar que podremos llevar este amor por todo el mundo? No se puede dar lo que no se tiene. ¿Cómo una congregación que no tiene ese amor, podrá inflamar los corazones con la verdadera caridad?



Convendría explicar aquí esta virtud según nuestro método habitual y decir en qué consiste; pero vamos a dejarlo; todos lo sabéis; fijémonos en sus efectos.

¿Cuál es su primer acto? ¿Qué produce en el corazón que está animado por ella? ¿Qué es lo que sale de él, y lo que no sale del corazón de un hombre que está privado de ese amor y no tiene más que movimientos animales? Hacer a los demás lo que razonablemente querríamos que nos hicieran a nosotros: en eso consiste el quid de la caridad. ¿Es verdad que yo le hago al prójimo lo que deseo de él? ¿Es un examen muy serio el que tenemos que hacer! Pero ¡cuántos misioneros hay que tengan al menos esta disposición interior? ¡Dios mío! ¿Dónde están? Se encontrarán muchos como yo, que no se preocupan de dar a los demás lo que les gustaría recibir de ellos; y si no existe este afecto, no hay caridad; pues la caridad hace que le hagamos al prójimo el bien que con justicia se puede esperar de un amigo fiel.

Miremos al Hijo de Dios: ¡qué corazón tan caritativo! ¡qué llama de amor! Jesús mío, dinos, por favor, qué es lo que te ha sacado



del cielo para venir a sufrir la maldición de la tierra y todas las persecuciones y tormentos que has recibido. ¡Oh Salvador! ¡Fuente de amor humillado hasta nosotros y hasta un suplicio infame! ¿Quién ha amado en esto al prójimo más que tú? Viniste a exponerte a todas nuestras miserias, a tomarla forma de pecador, a llevar una vida de sufrimiento y a padecer por nosotros una muerte ignominiosa; ¿hay amor semejante? ¿Quién podría amar de una forma tan supereminente? Sólo nuestro Señor ha podido dejar-se arrastrar por el amor a las criaturas

hasta dejar el trono de su Padre para venir a tomar un cuerpo sujeto a las debilidades. ¿Y para qué? Para establecer entre nosotros por su ejemplo y su palabra la caridad con el prójimo. Este amor fue el que lo crucificó y el que hizo esta obra admirable de nuestra redención. Hermanos míos, si tuviéramos un poco de ese amor, ¿nos quedaríamos con los brazos cruzados? ¿Dejaríamos morir a todos esos que podríamos asistir? No, la caridad no puede permanecer ociosa, sino que nos mueve a la salvación y al consuelo de los demás.

Este primer acto enciende la luz en el entendimiento; esta luz produce la estima, y la estima mueve la voluntad al amor; hace que la persona que ama tenga el convencimiento de que ha de honrar y amar a su prójimo, que se llene de este sentimiento y lo demuestre en sus palabras y acciones.

El que tiene este afecto y este cariño al prójimo, ¿podrá hablar mal de él? ¿podrá hacer algo que le disguste? Si tiene estos sentimientos en el corazón, ¿podrá ver a su hermano y a su amigo sin demostrarle su amor? De la abundancia del corazón habla la boca; de ordinario, las acciones exteriores son un testimonio de lo interior; los que tienen verdadera caridad por dentro, la demuestran por fuera. Es propio del fuego iluminar y calentar, y es propio del amor respetar y complacer a la persona amada. ¿Hemos sentido alguna vez cierta falta de estima y de afecto a algunas personas? ¿No nos hemos entretenido más o menos en pensar a veces contra ellas? Si es así, es que no tenemos esa caridad que expulsa los primeros sentimientos de menosprecio y la semilla de la antipatía; pues, si tuviéramos esa divina virtud, que es una participación

del Sol de justicia, disiparía esa humareda de nuestra corrupción y nos haría verlo que hay de bueno y de hermoso en nuestro prójimo, para honrarle y quererle. Confieso que, si a veces se ha notado entre nosotros algún descuido en esto, ahora Dios nos mira con ojos de misericordia.

Aquí el padre Vicente levantó agradecido los ojos al cielo y repitió:

¡Dios nos mira con ojos de misericordia! Ha tenido piedad de nosotros, apartando de la compañía a algunos espíritus mal hechos que eran la causa de esta mengua de amor, de modo que últimamente me decían: «Fíjese, padre, parece que vivimos aquí como niños, en la libertad de la inocencia y en el ejercicio mutuo de una sincera amistad; no se oye a nadie presumir ni decir palabras mordaces; todos se respetan; nadie se eleva por encima de los demás».

¡Oh Salvador!, tú que has desterrado de la compañía los actos contrarios a este primer acto de caridad, consévala en esta cordial unión en que ahora se encuentra, por tu gracia. No permitas que se vea nunca agitada por un soplo de orgullo, ni por el espíritu de división, que la echaría a perder, ni que se sienta jamás en la situación en que otras veces se ha visto desgraciadamente; hablo de otras veces, pues ya hace tiempo que tu bondad la ha sacado de allí; de modo que dentro de veinte años, de cincuenta años, siempre, pueda vivir esta compañía en esta cordialidad y aprecio mutuo.

Os ruego, padres, que se lo pidáis frecuentemente a Dios y que recéis mutuamente unos por otros, para que los misioneros se amen siempre entre sí. Consolémonos de que así ocurra al presente y pidamos a Dios que no

permita que abandonemos alguna vez esta práctica del amor fraterno. Bien, pasemos a los otros actos.

El segundo acto de la caridad consiste en no contradecir a nadie. Estamos juntos; se habla de algo bueno; uno dice lo que le parece y otro le replica indiscretamente: «No es así; usted no me lo sabría demostrar». Hacer esto es herir al que se le contradice; si no es humilde, querrá sostener su opinión, y ya está la discusión que acabará matando la caridad. No ganaré nunca a mi hermano contradiciéndole, sino aceptando buenamente en nuestro Señor lo que él propone; quizás tenga él razón, y no yo; él quiere contribuir a mantener una conversación amable, y yo me empeño en convertirla en disputa; lo que dice, lo dice en un sentido que, si yo lo supiese, lo aprobaría. ¡Fuera, pues, la contradicción que divide los corazones! Evitémosla como una fiebre que quita la razón, como una peste que lleva consigo la desolación, como un demonio que destruye las más santas congregaciones, echemos a ese maldito espíritu con nuestras oraciones; elevémonos a Dios con frecuencia, y sobre todo cuando tengamos ocasión de entrar en los sentimientos del otro, para que nos conceda la gracia de obrar así, en vez de contradecirlos y entristecerlos; ellos dicen buenamente lo que piensan, aceptemos también nosotros buenamente lo que dicen. Si algunos critican o se burlan, si así fuese, (¡no lo permitas nunca! ¡oh, Salvador!), no hay que reprenderles en público; no, no es eso lo que indica la regla, ni la teología, ni las máximas del evangelio; hay que hacerlo en particular y en secreto. ■

San Vicente de Paul, fundador

(De las Reglas comunes, cap. 2, art. 12).

Ecclesia de Eucharistia

14. La Pascua de Cristo incluye, con la pasión y muerte, también su resurrección. Es lo que recuerda la aclamación del pueblo después de la consagración: «*Proclamamos tu resurrección*». Efectivamente, el sacrificio eucarístico no sólo hace presente el misterio de la pasión y muerte del Salvador, sino también el misterio de la resurrección, que corona su sacrificio. En cuanto viviente y resucitado, Cristo se hace en la Eucaristía «pan de vida» (Jn 6, 35.48), «pan vivo» (Jn 6, 51). San Ambrosio lo recordaba a los neófitos, como una aplicación del acontecimiento de la resurrección a su vida: «Si hoy Cristo está en ti, Él resucita para ti cada día». San Cirilo de Alejandría, a su vez, subrayaba que la participación en los santos Misterios «es una verdadera confesión y memoria de que el Señor ha muerto y ha vuelto a la vida por nosotros y para beneficio nuestro».
15. La representación sacramental en la Santa Misa del sacrificio de Cristo, coronado por su resurrección, implica una presencia muy especial que —citando las palabras de Pablo VI— «se llama “real”, no por exclusión, como si las otras no fueran “reales”, sino por antonomasia, porque es sustancial, ya que por ella ciertamente se hace presente Cristo, Dios y hombre, entero e íntegro». Se recuerda así la doctrina siempre válida del Concilio de Trento: «Por la consagración del pan y del vino se realiza la conversión de toda la sus-

tancia del pan en la sustancia del cuerpo de Cristo Señor nuestro, y de toda la sustancia del vino en la sustancia de su sangre. Esta conversión, propia y convenientemente, fue llamada transustanciación por la santa Iglesia Católica». Verdaderamente la Eucaristía es «*mysterium fidei*», misterio que supera nuestro pensamiento y puede ser acogido sólo en la fe, como a menudo recuerdan las catequesis patrísticas sobre este divino Sacramento. «No veas —exhorta san Cirilo de Jerusalén— en el pan y en el vino meros y naturales elementos, porque el Señor ha dicho expresamente que son su cuerpo y su sangre: la fe te lo asegura, aunque los sentidos te sugieran otra cosa».

«*Adoro te devote, latens Deitas*», seguiremos cantando con el Doctor Angélico. Ante este misterio de amor, la razón humana experimenta toda su limitación. Se comprende cómo, a lo largo de los siglos, esta verdad haya obligado a la teología a hacer arduos esfuerzos para entenderla.

Son esfuerzos loables, tanto más útiles y penetrantes cuanto mejor consiguen conjugar el ejercicio crítico del pensamiento con la «fe vivida» de la Iglesia, percibida especialmente en el «carisma de la verdad» del Magisterio y en la «comprensión interna de los misterios», a la que llegan sobre todo los santos. La línea fronteriza es la señalada por Pablo VI: «Toda explicación teológica que intente buscar alguna inteli-

gencia de este misterio, debe mantener, para estar de acuerdo con la fe católica, que en la realidad misma, independiente de nuestro espíritu, el pan y el vino han dejado de existir después de la consagración, de suerte que el Cuerpo y la Sangre adorables de Cristo Jesús son los que están realmente delante de nosotros».

16. La eficacia salvífica del sacrificio se realiza plenamente cuando se comulga recibiendo el cuerpo y la sangre del Señor. De por sí, el sacrificio eucarístico se orienta a la íntima unión de nosotros, los fieles, con Cristo mediante la comunión: le recibimos a Él mismo, que se ha ofrecido por nosotros; su cuerpo, que Él ha entregado por nosotros en la Cruz; su sangre, «derramada por muchos para perdón de los pecados» (Mt 26, 28). Recordemos sus palabras: «Lo mismo que el Padre, que vive, me ha enviado y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí» (Jn 6, 57). Jesús mismo nos asegura que esta unión, que Él pone en relación con la vida trinitaria, se realiza efectivamente. *La Eucaristía es verdadero banquete*, en el cual Cristo se ofrece como alimento. Cuando Jesús anuncia por primera vez esta comida, los oyentes se quedan asombrados y confusos, obligando al Maestro a recalcar la verdad objetiva de sus palabras: «En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros» (Jn 6, 53). No se trata de un alimento metafórico: «Mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida» (Jn 6, 55).



17. Por la comunión de su cuerpo y de su sangre, Cristo nos comunica también su Espíritu. Escribe san Efrén: «Llamó al pan su cuerpo viviente, lo llenó de sí mismo y de su Espíritu [...], y quien lo come con fe, come Fuego y Espíritu. [...] Tomad, comed todos de él, y coméis con él el Espíritu Santo. En efecto, es verdaderamente mi cuerpo y el que lo come vivirá eternamente». La Iglesia pide este don divino, raíz de todos los otros dones, en la epiclesis eucarística. Se lee, por ejemplo, en la *Divina Liturgia* de san Juan Crisóstomo: «Te invocamos, te rogamos y te suplicamos: manda tu Santo Espíritu sobre todos nosotros y sobre estos dones [...] para que sean purificación del alma, remisión de los pecados y comunicación del Espíritu Santo para cuantos participan de ellos». Y, en el *Misal Romano*, el celebrante implora que: «Fortalecidos con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo y llenos de su Espíritu Santo, formemos en Cristo un sólo cuerpo y un sólo espíritu». Así, con el don de su cuerpo y su sangre, Cristo acrecienta en nosotros el don de su Espíritu, infundido ya en el Bautismo e impreso como «sello» en el sacramento de la Confirmación. ■

San Juan Pablo II

La natividad de la bienaventurada Virgen María



Hoy nace una clara estrella,
tan divina y celestial,
que, con ser estrella, es tal,
que el mismo Sol nace de ella.

De Ana y de Joaquín, oriente
de aquella estrella divina,
sale su luz clara y digna
de ser pura eternamente:
el alba más clara y bella
no le puede ser igual,
que, con ser estrella, es tal,
que el mismo Sol nace de ella.

No le iguala lumbre alguna
de cuantas bordan el cielo,
porque es el humilde suelo
de sus pies la blanca luna:
nace en el suelo tan bella
y con luz tan celestial,
que, con ser estrella, es tal,
que el mismo Sol nace de ella.

Calendario de Vigilias de la Sección de Madrid

Septiembre 2019

TURNO	SEPTIEMBRE	IGLESIA	DIRECCIÓN	TELÉFONO	HORA DE COMIENZO
2	14	Santísimo Cristo de la Victoria	Blasco de Garay 33	915 432 051	23:00
3	12	La Concepción	Goya 26	915 770 211	22:30
4	6	San Felipe Neri	Antonio Arias 17	915 737 272	22:30
5	20	María Auxiliadora	Ronda de Atocha 27	915 304 100	21:00
6	22	Basilica La Milagrosa	García de Paredes 45	914 473 249	21:45
7	22	Basilica La Milagrosa	García de Paredes 45	914 473 249	21:45
10	6	Santa Rita	Gaztambide 75	915 490 133	21:00
11	27	Espíritu Santo y Ntra. Sra. de la Araucana	Puerto Rico 29	914 579 965	21:45
13	7	Purísimo Corazón de María	Embajadores 81	915 274 784	21:00
14	27	San Hermenegildo	Fósforo 4	913 662 971	21:30
15	10	San Vicente de Paul	Plaza San Vicente de Paul 1	915 693 818	22:00
16	11	San Antonio	Bravo Murillo 150	915 346 407	21:00
17	12	San Roque	Abolengo 10	914 616 128	21:00
19	27	Inmaculado Corazón de María	Ferraz 74	917 589 530	21:00
20	6	Ntra. Sra. de las Nieves	Nuria 47	917 345 210	21:30
22	14	Virgen de la Nueva	Calanda s/n	913 002 127	21:00
23	6	Santa Gema Galgani	Leizarán 24	915 635 068	22:30
24	6	San Juan Evangelista	Plaza Venecia 1	917 269 603	21:00
25	28	Virgen del Coro	Virgen de la Alegría s/n	914 045 391	21:00
28	6	Ntra. Sra. del Stmo. Sacramento	Clara del Rey 38	914 156 077	21:00
31	6	Santa María Micaela	General Yagüe 23	915 794 269	21:00
32	26	Nuestra Madre del Dolor	Avda. de los Toreros 45	917 256 272	21:00
33	5	San Germán	General Yagüe 26	915 554 656	21:30
35	27	Santa María del Bosque	Manuel Uribe 1	913 000 646	22:00
36	21	San Matías	Plaza de la Iglesia 1	917 631 662	21:00
38	27	Ntra. Sra. de la Luz	Fernán Núñez 4	913 504 574	22:00
39	6	San Jenaro	Vital Aza 81 A	913 672 238	
40	13	San Alberto Magno	Benjamín Palencia 9	917 782 018	22:00
41	13	Virgen del Refugio y Santa Lucia	Manresa 60	917 342 045	22:00
42	6	San Jaime Apóstol	José Martínez Seco 54	917 979 535	21:30
43	6	San Sebastián Mártir	Plaza de la Parroquia 1	914 628 536	21:00
45	20	San Fulgencio y San Bernardo	San Illán 9	915 690 055	22:00
46	6	Santa Florentina	Longares 8	913 133 663	22:00
47	13	Inmaculada Concepción	El Pardo	913 760 055	21:00
48	13	Ntra. Sra. del Buen Suceso	Princesa 43	915 482 245	21:30
49	20	San Valentín y San Casimiro	Villajimena 75	913 718 941	22:00
50	13	Santa Teresa Benedicta de la Cruz	Senda del Infante 20	913 763 479	21:00
51	14	Sacramentinos	Alcalde Sainz de Baranda 3	915 733 204	21:00
52	5	Bautismo del Señor	Gavilanes 11	913 731 815	22:00
53	6	Santa Catalina de Siena	Juan de Urbieta 57	915 512 507	22:00
55	27	Santiago El Mayor	Santa Cruz de Marcenado 11	915 426 582	21:00
56	19	San Fernando	Alberto Alcocer 9	913 500 841	21:00
57	7	San Romualdo	Azcao 30	913 675 135	21:00
59	6	Santa Catalina Labouré	Arroyo de Opañel 29	914 699 179	21:00
61	7	Ntra. Sra. del Consuelo	Cleopatra 13	917 783 554	22:00
62	11	San Jerónimo el Real	Moreto 4	914 203 078	21:00
63	13	San Gabriel de la Dolorosa	Arte 4	913 020 607	22:00
64	20	Santiago y San Juan Bautista	Santiago 24	915 480 824	21:00
65	13	Ntra. Sra. de los Álamos	León Felipe 1	913 801 819	21:00
66	21	Ntra. Sra. del Buen Consejo (Colegiata S Isidro)	Toledo 37	913 692 037	21:00
67	27	San Martín de Porres	Abarzuza s/n	913 820 494	21:00
69	20	Virgen de los Llanos	Plaza Virgen de los Llanos 1	917 058 471	21:00
70	20	San Ramón Nonato	Melquíades Biencinto 10	914 339 301	21:30
71	20	Santa Beatriz	Concejal Francisco José Jimenez Martín 130	914 647 066	21:00

Calendario de Vigilias de la Sección de Madrid

Septiembre 2019

TURNO	SEPTIEMBRE	IGLESIA	DIRECCIÓN	TÉLFONO	HORA DE COMIENZO
72	6	Nuestra Señora de la Merced	Corregidor Juan Francisco de Luján 101	917 739 829	21:00
73	6	Patrocinio de San José	Pedro Laborde 78	917 774 399	21:00
74	13	Santa Casilda	Parador del Sol 10	915 691 090	21:00
75	20	San Ricardo	Gaztambide 21	915 432 291	
77	6	Santa María del Pozo y Santa Marta	Montánchez 13	917 861 189	21:00
78	20	Epifanía del Señor	Nuestra Señora de la Luz 64	914 616 613	21:30

Calendario de Vigilias de las Secciones de la Diócesis de Madrid

SECCIÓN	SEPTIEMBRE	IGLESIA	DIRECCIÓN	TÉLFONO	HORA DE COMIENZO
Fuencarral	7	San Miguel Arcángel	Islas Bermudas	917 340 692	21:30
Tetuán de las Victorias	13	Ntra. Sra. de las Victorias	Azucenas 34	915 791 418	21:00
Pozuelo de Alarcón T I	27	Asunción de Ntra. Sra.	Iglesia 1	913 520 582	22:00
Pozuelo de Alarcón T II A	12	Casa Ejercicios Cristo Rey	Cañada de las Carreras Oeste 2	913 520 968	21:30
Pozuelo de Alarcón T II B	19	Casa Ejercicios Cristo Rey	Cañada de las Carreras Oeste 2	913 520 968	21:30
Santa Cristina T I y II	14	Santa Cristina	Paseo Extremadura 32	914 644 970	
Ciudad Lineal	28	Ntra. Sra. de la Concepción	Arturo Soria 5	913 674 016	21:00
Campamento T I y II	27	Ntra. Sra. del Pilar	Plaza Patricio Martínez s/n	913 263 404	21:30
Fátima	14	Ntra. Sra. del Rosario de Fátima	Alcalá 292	913 263 404	
Vallecas	27	San Pedro Advíncula	Sierra Gorda 5	913 311 212	23:00
Alcobendas T I	6	San Pedro	Plaza Felipe Alvarez Gadea 2	916 521 202	22:30
Alcobendas T II	21	San Lesmes Abad	Paseo La Chopera 50	916 620 432	22:30
Mingorrubio	12	San Juan Bautista	Regimiento	913 760 898	
Pinar del Rey	20	San Isidoro y San Pedro Claver	Balaguer s/n	913 831 443	22:00
Ciudad de los Ángeles	21	San Pedro Nolasco	Doña Francisquita 27	913 176 204	22:30
Las Rozas T I	13	La Visitación de Ntra. Sra.	Comunidad de Murcia 1	916 344 353	22:00
Las Rozas T II	20	San Miguel Arcángel	Cándido Vicente 7	916 377 584	21:00
Las Rozas T III	6	San José (Las Matas)	Amadeo Vives 31	916 303 700	21:00
Peñagrande	20	San Rafael Arcángel	Islas Saipán 35	913 739 400	21:00
San Lorenzo de El Escorial	21	San Lorenzo Martir	Medinaceli 21	918 905 424	22:30
Majadahonda	6	Santa María	Avda. España 47	916 340 928	21:30
Tres Cantos	21	Santa Teresa	Sector Pintores 11	918 031 858	22:30
La Navata	20	San Antonio	La Navata	918 582 809	22:30
La Moraleja	27	Ntra. Sra. de la Moraleja	Nardo 44	916 615 440	22:00
Villanueva del Pardillo	20	San Lucas Evangelista	Plaza de Mister Lodge 2	918 150 712	21:00
San Sebastián de los Reyes	6	Ntra. Sra. de Valvanera	Avda. Miguel Ruiz Felguera 4	916 524 648	21:00

Turnos en preparación

Secc. Madrid (T-76)	13	Nuestra Señora del Cortijo	Avenida Manoteras S/N	917 663 081	21:00
Secc. Madrid (T-79)	13	Nuestra Señora de la Paz	Valderribas 57	915 012 328	21:00
Secc. Madrid	20	San Eloy	Plaza Doctor Barraquer 1	917 389 740	21:00
Secc. Tetuán de las Victorias	13	San Eduardo y San Atanasio	General Margallo 6	915 702 700	21:00

Todos los lunes: EXPOSICIÓN DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO Y ADORACIÓN. Desde la 17:30 hasta las 19:30 horas

Todos los jueves: SANTA MISA, EXPOSICIÓN DE S.D.M. Y ADORACIÓN. 19:30 horas

Mes de septiembre de 2019

Día 5	Secc. de Madrid	Turno 78	Epifanía del Señor
Día 12	Secc. de Madrid	Turno 2	Stmo. Cristo de la Victoria
Día 19	Secc. de Madrid	Turno 3	La Concepción
Día 26	Secc. de Pozuelo de Alarcón	Turnos I y II	Asunción de Ntra. Señora y Cristo Rey

Lunes, días: 2, 9, 16, 23 y 30

Mes de octubre de 2019

Día 3	Secc. de Madrid	Turno 4	San Felipe Neri
Día 10	Secc. de Madrid	Turno 5	María Auxiliadora
Día 17	Secc. de Madrid	Turno 6 y 7	La Milagrosa
Día 24	Secc. de Madrid	Turno 10	Santa Rita
Día 31	Secc. de Santa Cristina	Turno I y II	Santa Cristina

Lunes, días: 7, 14, 21 y 28

Rezo del Manual para el mes de septiembre 2019

Esquema del Domingo I	del día 21 al 27	pág. 47
Esquema del Domingo II	del día 1 al 6 y del 28 al 30	pág. 87
Esquema del Domingo III	del día 7 al 13	pág. 131
Esquema del Domingo IV	del día 14 al 20	pág. 171

Las antífonas corresponden al Tiempo Ordinario.

Solemne Vigilia

En honor de San Pascual Bailón e
inauguración del curso adorador



21 de septiembre de 2019

22:00 horas

Colegiata de San Isidro

Calle Toledo, 37

Os esperamos a todos